

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 27 de Abril de 2009

La nueva esclavitud: el ejemplo del Coltán

Vamos a realizar, antes de comenzar, un ejercicio simbólico, que, a priori, no tiene ningún sentido, pero que, conforme avancemos en la lectura de este artículo, lo irá adquiriendo de la misma forma que el sol va adquiriendo una luz más potente a medida que va amaneciendo. Pueden que me tomen por un loco, pero irán comprobando, a medida que vayamos diseccionando este escrito, que no soy el único loco que estoy mirando a la pantalla del ordenador. Mirar a la pantalla ya es un ejercicio de locura, ya verán por qué. Quiero que arrimen sus narices a la pantalla del ordenador y olfateen a conciencia sobre ella. Sí, no se extrañen, lo más natural es que no hayan percibido ningún tipo de olor. Yo tampoco lo percibí al principio. Les garantizo que al finalizar la lectura de este artículo, cambiarán de parecer.

Vivimos inmersos en el mundo de la alta tecnología, con pantallas de cada vez más alta definición; con móviles cada vez más pequeños pero con mayor capacidad; cámaras digitales cada vez más perfectas; proyectos digitales como la televisión digital terrestre, la wi-fi, la satelización completa del espacio exterior, y la digitalización de las instituciones públicas (entre ellas, las militares). Estamos insertos en un mundo de lo perfecto, un mundo que unos años atrás solo podrían haber calificado de futurista, o de ingenio. Somos unos locos que estamos viviendo, casi sin tomar verdadera conciencia de ello, en un mundo de locos. Claro, un mundo de locos sólo puede estar manejado por un tipo de personas: los locos. Hemos dado pasos de gigante, y gracias a ello hemos avanzado hasta conseguir una sociedad nueva, diferente a todas las anteriores, diferente que no mejor. Técnica y científicamente hablando es absurdo afirmar lo contrario. Pero ética, moral y profesionalmente, puede que, en algunos campos, hayamos retrocedido. O simplemente no hayamos avanzado todo lo que se cree. En la naturaleza del Hombre encontramos las respuestas a todos los interrogantes, o los problemas, que él mismo ha creado. Puede que nos llevemos una sorpresa, y descubramos que el Hombre es peor persona de lo que comúnmente podamos pensar. Estoy seguro de que somos seres crueles, muy crueles. Y es una lástima, pero en esto de la crueldad no somos capaces de ponernos límites.

En el mundo de la era tecnológica, espacial y digital, hemos logrado destruir un viejo mito. Lo hemos superado. Y no debemos alegrarnos de ello. Hemos superado el mito de la esclavitud. Amigos míos, la esclavitud sigue siendo uno de los pilares básicos de nuestra sociedad del siglo XXI. En base a ella, nuestros países se han hecho ricos, y nos hemos situado en lo que han dado a llamar "el primer mundo". Nuestros países son, en su mayoría, muy pobres. Y sin embargo, se cuentan entre los más ricos. Parece magia, pero no lo es. Hay una fórmula muy sencilla, fórmula que se ha venido aplicando desde el inicio de los tiempos, de una manera o de otra, pero siempre. Los países que verdaderamente son ricos, los que poseen las verdaderas riquezas del planeta, son los más pobres: el llamado Tercer Mundo. Yo, personalmente, lo llamaría el Mundo Esclavo. Por supuesto, el primer mundo, en el que también estaría España, sería el Mundo Esclavizador. Lo que sucede es que, en nuestro sistema actual, los países apenas tienen capacidad para orientar o dirigir verdaderas políticas exteriores. Son las grandes empresas, las multinacionales, las que dirigen la política exterior de un Estado. Parecen palabras grandilocuentes y quizá, algo demagógicas, pero me ciño absolutamente a la verdad. Cada visita de Estado de un presidente a un país extranjero siempre está acompañada de una propuesta de asociación comercial, o de una reunión con los empresarios de aquél país. Es normal, hay que disimular que nuestro país, en realidad, es pobre. Y como el suyo es rico, pues hay que tratar de atraer la mayor cantidad de riquezas posible al nuestro. Pero eso sí, al menor costo posible. Por eso, el régimen económico más barato, el menos costoso y más efectivo es el esclavista. El esclavo se ve desposeído de sus riquezas, a un módico precio (a veces tan módico que no existe ningún tipo de pago o contraprestación) y así, el esclavizador, o país rico, gana en riqueza a su costa. Colonialismo, imperialismo, al final resulta que existía desde la Antigüedad más antigua (había que preguntarse si no se daba ya entre los dinosaurios). Esclavismo. Esclavitud. Los ricos son cada vez más ricos. Los pobres, cada vez más pobres. No suele haber término medio. A veces, en contadas ocasiones, un esclavo logra zafarse de las cadenas y huye. Puede que, con el tiempo (tiempo en su sentido más amplio) llegue a mirar a los ojos al rico. Jajajajaja... el rico se troncha de risa ante la mirada del ex esclavo. Lo hunden. O se asocia con el rico, o lo hunden. Esta es la política internacional, amigos míos.

Dicen los libros de texto (que son eso, y nada más, es decir, libros detestables), que África y Asia se descolonizaron a mediados del siglo XX. Sí, en parte, no mienten. Quienes dirigían los distintos países ya no eran líderes europeos, sino africanos. Pero en los libros detestables, los de texto me refiero, no cuentan toda la verdad, todo lo que sucedió. Hubo un relevo entre las clases dirigentes. Pero nada más. Y cuando escribo nada más, quiero decir eso: ningún cambio más. Las clases dirigentes anteriores eran europeas, de raza blanca, y bajo el mandato directo de sus metrópolis (gobierno de sus países respectivos). Después, los blancos se marcharon y el sillón del poder fue ocupado por los negros. Por estos, y también por los magrebíes, árabes, etcétera. Me estoy centrando en el caso africano porque es el más escalofriante de todos. El caso es que con el cambio de élites no se produjo ningún cambio social ni económico relevante en estos países. Se continuaba en un régimen de esclavitud económica dependiente de aquéllos que se acababan de marchar. Las compañías esclavistas, es decir, lo que en el primer mundo llamamos empresas multinacionales, no se marcharon con sus compatriotas. Éstas permanecieron allí. En cierto sentido, son como la guardia imperial que permanece en ausencia del emperador. Lo que sucede es que, con el tiempo, los guardias se han convertido en emperadores. Es decir, las multinacionales controlan los países del Tercer Mundo. Por completo. De esta forma, por ejemplo, *Nike* factura más dinero en Taiwán que el propio gobierno taiwanés con sus impuestos. Todas, y cuando escribo todas quiero decir que absolutamente todas las multinacionales, facturan más beneficios que cualquiera de los países que forman la lista de los esclavizados. ¿Veis ahora cómo funciona el sistema esclavista? Las multinacionales (y las naciones que llevan a la par) son cada vez más ricas. Mientras, los esclavizados son cada vez más pobres. La ecuación que rige todo el sistema es sencilla: las multinacionales obtienen las materias primas y la mano de obra del país esclavizado a un precio irrisorio; a cambio, éstas insertan sus productos ya manufacturados (completados, finalizados, listos para consumir) en los mercados del país esclavizado. Sucede que en este país no hay tanto poder adquisitivo como para consumir tales productos. Resultado final: deuda externa (la plasmación más sangrante de la esclavitud a la que se somete al Tercer Mundo). Consecuencias: el Estado esclavizado nunca levantará cabeza y, por lo tanto, nunca podrá desarrollar un sistema de sanidad, educación o pensiones; y con ello, nunca podrá acercarse a los esclavistas. Motivo profundo: no interesa al esclavista que el esclavizado avance. Sencillo y criminal.

A continuación, vamos a ilustrarlo con dos casos muy recientes, y a cada cual más trágico. El primero se llama Darfur. Esta provincia situada al oeste de Sudán ha sido tradicionalmente un foco de luchas por parte de la guerrilla. Pero esta provincia despierta un gran interés a nivel mundial. ¿A qué se debe? Pues se debe a que posee unas importantes reservas petrolíferas, reservas que quieren controlar las guerrillas y el gobierno de Sudán. Lo de *querer controlar* no es más que un eufemismo, porque quienes controlan la zona, en realidad, son las multinacionales. Hay algunas norteamericanas, algunas europeas, pero sobre todo, son los chinos quienes manejan la situación. Callan los telediarios. Callan los periódicos. Pero no callan las armas. Las multinacionales, las esclavistas, también dedican su dinero para acceder al mercado negro de armamentos. Y con él, subvencionan a las guerrillas o a los grupos que más barato “vendan” el petróleo de la zona. China ha metido, en *misión ONU*, una serie de batallones. En realidad, China defiende las instalaciones de su empresa de extracción de petróleo. Hay dos bandos claramente definidos: las guerrillas, apoyadas por los chinos; y el gobierno de Sudán, apoyado mínimamente por la Liga Árabe, y también en secreto, por los EEUU. El resultado de este cóctel: cientos de miles de refugiados, miles de muertos, una hambruna histórica en la zona, la militarización de la juventud y el destrozo de una de las zonas más pobres del planeta. Nadie mira hacia allí. Simplemente, porque interesa que Darfur sea esclavizado y sus recursos sean explotados a bajo costo.

A medida que iba devorando una novela muy impactante, y recomendada por quien escribe: *Coltán* de Vázquez Figueroa, iba descubriendo el poder criminal de la verdad. La verdad del Coltán es estremeceadora. Uno este libro anteriormente citado con el de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Apenas ha variado nada la zona entre los más de cien años que han transcurrido entre una novela y otra. *Coltán* se circunscribe al conflicto étnico que se está dando en la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire. La colonia belga del Congo obtuvo su independencia en 1960. Los europeos extraían diamantes y decenas de minerales de los innumerables yacimientos existentes en todo el país. Poblaciones enteras eran esclavizadas en las minas de diamantes y en la caza del elefante para la obtención de marfil. Son estampas del siglo XIX, pero también del siglo XX. En 1994, se produjo un éxodo de población desde Ruanda. Hutus y tutsis son dos etnias irreconciliables que, por capricho de los europeos, quedaron unidas bajo un mismo país. Sin embargo, lo que se desprende del Zaire no solo es odio étnico. Hay mucho más. Sobre todo cuando se sabe que hay una misión de la ONU desde 1994 y no se ha podido controlar la desbordada situación. La verdadera guerra que se está librando en el Zaire se llama Coltán.

Un niño de unos siete años de edad se esfuerza para asestar con su pico un golpe que parta un trozo de mineral y, una vez colocado en la carretilla, poder llevarla al vagón central para ser procesada. Toda su familia trabaja en la mina. Al final del día, a Kashir, que es como se llama el chaval, solo le corresponderá un euro y medio por extraer, aproximadamente, unos noventa kilogramos de columbita-tántalo (de ahí Col-tán), tras haber trabajado cerca de quince horas con dos descansos de quince minutos (uno para comer y otro a media tarde). Los cuarenta y cinco euros que obtiene de salario al concluir el mes, sumados a los del resto de su familia, solo le sirve para tomar un pequeño pedazo de pan a diario, y un mejunje de no se sabe qué exactamente. Cuida mucho de no enfermar ni de lastimarse porque si eso sucede supondría su despido. Y en su situación, es algo que no se puede permitir. Sin embargo, las fuerzas de Kabila han llegado hoy a la mina y han ametrallado tanto a supervisores como a todos los trabajadores. Posiblemente, mañana, los nuevos dueños contraten, de la misma forma en que lo habían hecho los anteriores dueños, a las familias que hayan sobrevivido: niños y ancianos incluidos. Realmente, la mina la controla Microsoft. Únicamente, cambian los intermediarios. Con la cantidad de Coltán que Kashir saca diariamente de la mina, y que Microsoft paga a 50 céntimos de euro cada kilo, dicha empresa obtiene fibra óptica suficiente como para fabricar 20 ordenadores, 50 móviles de última generación, 100 Mp3 o 250 ipods. Microsoft obtiene unos beneficios cercanos al 50 por ciento en todo el proceso. Con estos beneficios, Microsoft paga a todos los trabajadores de la cadena (desde el euro y medio que cobra diariamente Kashir, hasta los 500 000 dólares diarios de algunos directivos); financia las guerrillas que controlan la explotación del mineral en Zaire; financia el armamento del que las dota; invierte en publicidad, y dedica un 0,7 por ciento de lo obtenido para dotar a las ONG de la zona. En Zaire hay más de cincuenta multinacionales informáticas controlando las más de seiscientas minas de Coltán, con lo que en el primer mundo fabricamos nuestra era tecnológica y digital. Se calcula que, anualmente, mueren en cada mina unos quinientos trabajadores por diferentes motivos. Zaire sufre una hambruna histórica desde 1996. El sida, la malaria y la viruela, estas dos últimas exterminadas en nuestro primer mundo, siguen vapuleando a la población. Por acciones de guerra, desde hace dos años, se han contabilizado, en cifras que maneja la ONU, casi cinco millones de muertos.

Como les prometí, vamos a realizar el mismo ejercicio que hicimos al comenzar a leer este artículo. Vamos a olfatear la pantalla de nuestros ordenadores. Pantalla que está fabricada con fibra óptica, obtenida de Coltán, un mineral obtenido con el esfuerzo y la sangre derramada de una población esclavizada. Puede que el área de pantalla que ahora mismo están mirando, o quién sabe si olfateando, haya sido fabricado con Coltán manchado de la sangre de un niño de siete años. Puede que de la sangre de Kashir. Sí, amigos míos, querámoslo o no, somos el último eslabón de la cadena. Una cadena que encadena a millones de personas en todo el mundo. Somos el último eslabón de la neoesclavitud. Y, ciertamente, participamos de ella cuando compramos y utilizamos aparatos como el que estoy utilizando yo ahora mismo. Para que la tecnología sea un avance, un progreso de la humanidad, debe serlo para toda la humanidad. Y es evidente que, para una buena parte de ella, no lo es. La era digital se está llevando por delante innumerables vidas. Pero las multinacionales, ni tampoco los gobiernos que las secundan, se niegan a esclarecer toda la verdad. Esa verdad que nos dice que detrás de una pantalla de ordenador, de un móvil de última generación, o de un ipod, hay todo un sistema esclavista del que unos pocos se benefician, pero que muchas personas padecen. Ahora me llega el verdadero hedor a través de la pantalla: es el del sudor, la sangre que surge de las ampollas al reventarse en las manos, en los pies; el pestilente hedor del Coltán, de las municiones, de las armas. Deberíamos reflexionar y preguntarnos si merece la pena vivir en la era digital a este precio. Sé que este artículo no cambiará nada. Sé que no cambiaré el mundo. Pero puede, solo puede, que quienes lo hayáis leído tengáis una visión nueva, diferente, y sobre todo, más real, de lo que el sistema se empeña en esconder. En cierto sentido, se avergüenzan de lo que están haciendo, pero como es rentable, se guardan las vergüenzas y los pecados para los confesionarios. La guerra del Zaire tiene final: el día en que deje de ser rico. Solo entonces, será libre. Es paradójico, pero totalmente cierto. Una lástima.